

El seudónimo parece descender de un palanquín. La autora ilumina la portada con unos ojos deliciosos de odalisca.

¿Seudónimo chino y mirada oriental? Por tal modo indirecto el libro se nos entrega. Ponderada mezcla de color y de silencio. Morosidad degustada. Lo del campo, pero como motivo de ensoñación.

Bajo "El abrazo de la tierra", novela de Mari Yan escrita en la Era Ford, late la voluptuosidad inútil y bella de una heroína sentimental. Y el intento—inconfesado y acaso inconsciente—de justificar, como máximo refinamiento, el saboreo del oelo.

Y ésa es la originalidad del libro. Y su audacia.

Ana María—eje de la novela—es el raro tipo de la mujer que se enamora, abolido por una época que extirpó el sentimiento. Juan Carlos—personaje central—el hombre que logra interesarla justamente porque el mundo es para él un objeto de sibarítica contemplación, y no el torbellino de actividad material en que nos anegamos todos.

Un intento de embarque al "pays de Tendre", que dicen los franceses. Un beso, que tiene el buen gusto de ser un solo beso en esta época cinematográfica en que los besos están sometidos a metraxe. Una frase sobria de la autora para definir "valleinclanescamente" la emoción: "Cerró los ojos y se quedó pálida, con una belleza de agonizante". Y... lo eterno. Pero en el sentido de olvido. Ana María, árbol que alanceó el rayo, aparece luego redimida del sostenimiento de la tensión dramática. Y acaso, estéticamente, ese desenlace sea toda una lástima.

Las "amoureuuses", después del trance amatorio, no pueden sin gran riesgo reivindicar su voz. Y ya que el silencio desarrolla la sinfonía de sus matices en este libro pulcro y bello, haber dejado lograr hasta el final la atmósfera por excelencia expresiva. Suspenso, poesía, misterio. Las tres volutas melódicas.

J. J.
Gines de Al
Cantar

Junio 24.

EL ABRAZO DE LA TIERRA

La crítica oficial ya se ha pronunciado entusiasmamente sobre este libro.

Los artículos publicados han puesto de relieve las condiciones de la autora, y pocas veces, acaso, una iniciación literaria ha tenido mejores y más entusiastas augures.

"El abrazo de la tierra" merece en verdad los elogios que se le han prodigado. Es una narración novelesca, de sencillo y humano argumento, admirablemente desarrollado por Mari Yan.

Por el título pudo temerse que esta obra fuera una más en la larga serie de novelas que nos han dado de dar una visión del campo, de la tierra chilena, no siempre concordes con la realidad. Aunque en el género, novelas y cuentos campesinos, es justo hacer notar que la literatura patria cuenta con algunas pequeñas obras maestras, la obra de Mari Yan, aunque no es una obra maestra, muestra un aspecto muy personal, muy independiente, muy femenino para darnos a conocer la interpretación de la influencia de la tierra en un corazón de mujer.

Ana María Elizondo, Enrique Acevedo, Juan Carlos Almeida son los tres personajes alrededor de los cuales se desenvuelve la historia. La primera es la figura central del libro. De abolengo y de fortuna, su educación, su formación, su vida entera ha transcurrido en parte principal en Palihue, la vieja hacienda de sus mayores. El ambiente de casa antigua de la hacienda; el ritmo sencillo, lento y patriarcal de la vida campesina; el espíritu rancio, colonial y prejuicioso de sus mayores, su padre y su tía, han formado en la heroína una sensibilidad muy aguda y muy fina, ligeramente hiperestesiada, que adopta ante las diversas reacciones emotivas que puede presentarle el transcurso parejo y monótono de los días una actitud casi pasiva, diríamos resignada, confrome. Ana María con muchos deseos de vivir con un espíritu ágil, sediento de todas las mociones de la sentimentalidad de una muchacha, se deja vivir antes que vive por sí propia; está en la vida como está en su vieja casona colonial enclavada en su terruño, en el campo, objeto principal de sus afecciones, reguador de sus costumbres y de su vida.

Está de novia porque sí; acaso ella misma no sabe por qué. Su prometido es su vecino rural y compañero de la niñez, Enrique Acevedo. Este es el campesino joven chileno, honrado, leal, noble, bueno y pacífico burgués que entiende poco y no quiere entender más, de achaques del corazón o de inquietudes de ideas. Su vida está regulada por su trabajo, la siembra y la cosecha, los cuidados del incremento de su ganado, los temores del "polvillo colorado" o de las "epizootias". Su horizonte limita con los deslindes de su hacienda y acaso alguna tarde, como una inconsciente costumbre, con los deslindes de la propiedad de su prometida. El ritmo de la vida de estos dos seres no acusa ninguna originalidad, ninguna inquietud, ningún dolor, casi diríamos, ningún ideal... Ella que siente que lleva un alma delicada y profunda sufre no obstante de más amplios horizontes; quizás en el fondo de su espíritu despunta a veces un principio de rebelión, de inquietud, de "sed de infinito" que dijo un poeta, pronto acallado por la placidez pacata del monótono correr de los días.

Peró un día llega Juan Carlos Almeida, también propietario rural de los contornos. Viene prestigiado por muchos años de ausencia en el extranjero y rodeado de la aureola de vividor, de conquistador, de hombre al día, que para la dulce y sencilla ingenuidad de Ana María, debe producir la vida por muchos años en un ambiente distinto del que a ella oprime y aplasta.

Es esa toda la intriga. Pasa el amor por la vida de la heroína Almeida charla con ella, la frecuente, la conquista, pero como ave de paso, un día se va y deja a la pobre enamorada con su pena. Poco a poco la tierra va recobrando su imperio; Ana María siente que su sentimiento, que creyó imperecedero, como toda persona enamorada, se va diluyendo en un olvido que es un calmante y un letargo. Junto con la primavera que llega, ella siente que pertenece a sus campos, a sus mayores, al ambiente irrespirable de tedio y de monotonía que la circunda, que la envuelve, y que la penetra, y un día cualquiera, acaso sin insinuación, el dócil novio campesino vuelve... La vida sigue como antes y la novela termina.

Jadas, trabajadas en estilo sobrio y emocionado.

El libro de Mari Yan entretiene, agrada, satisface. Sin ser una obra recia ni profunda, ha sido sentida con cariño y escrita con cuidado. Se manifiesta en ella un poco a la sordina el espíritu de la autora, que en caso de continuar en la senda que inicia, puede llegar a ocupar un lugar destacado en el reducido panorama de nuestras letras.

Abel Valdés A.

mos
s de
estí-

a de
ción
con-
sen-
tem-
por-
per-
visa-
Fe-
noce
xqui-
o tie-
o de
prosa
a in-

TES.

orial
" en
ocial.
lcado
e fo
tulos
el sa-
sados
Padre
a so-

per-
n es
ador
ecre-
obras
o to-
s dl.
a la
con-
en la
de

La fábula no puede ser más simple y más sencilla, y en ella la autora ha demostrado poseer condiciones artísticas no comunes. De los personajes creamos que Ana María es una figura que dentro de su simplicidad, está plenamente conseguida; casi puede afirmarse lo mismo, aunque más borrosa e insignificante, de la figura del novio campesino. El personaje que representa la inquietud de lo desconocido y lo extraño, estimamos que es lo más débil de la obra. Parece un fantasma preocupado de impresionar; de aprovechar la ingenuidad de una muchacha campesina para decir algunas frases tan retumbantes como vulgares o para sumirse en un silencio plano y vacío de toda emoción honda. Sin carácter definido, con rasgos masculinos débiles y confusos, la impresión que deja Juan Carlos, que no sabemos si la autora ha querido intencionalmente darla, es que es un perfecto majadero.

Mari Yan escribe en un tono femenino, sobrio, contenido y pleno de la más auténtica y honrada distinción de espíritu. Su prosa sablamente medida, fluye armoniosa, correcta y elegante por las páginas de "El abrazo de la tierra". Si la pintura de caracteres puede carecer en algunos momentos de relieve, en cambio el paisaje del campo chileno está hondamente sentido. Los toques finales de algunos capítulos son pequeños y exquisitos miniaturae exquisitas.

La fábula no puede ser más simple y más sencilla, y en ella la autora ha demostrado poseer condiciones artísticas no comunes. De los personajes creemos que Ana María es una figura que dentro de su simplicidad, está plenamente conseguida; casi puede afirmarse lo mismo, aunque más borrosa e insignificante, de la figura del novio campesino. El personaje que representa la inquietud de lo desconocido y lo extraño, estimamos que es lo más débil de la obra. Parece un fantasma preocupado de impresionar; de aprovechar la ingenuidad de una muchacha campesina para decir algunas frases tan retumbantes como vulgares o para sumirse en un silencio plano y vacío de toda emoción honda. Sin carácter definido, con rasgos masculinos débiles y confusos, la impresión que deja Juan Carlos, que no sabemos si la autora ha querido intencionalmente darla, es que es un perfecto majadero.

Mari Yan escribe en un tono femenino, sobrio, contenido y pleno de la más auténtica y honrada distinción de espíritu. Su prosa sablamente medida, fluye armoniosa, correcta y elegante por las páginas de "El abrazo de la tierra". Si la pintura de caracteres puede carecer en algunos momentos de relieve, en cambio el paisaje del campo chileno está hondamente sentido. Los toques finales de algunos capítulos son pequeños y exquisitas

DOS PALABRAS SOBRE EL ABRAZO DE LA TIERRA

10^o

En la quietud de este bello paisaje cordillero he leído con deleite las emocionantes páginas del "Abrazo de la tierra".

Al terminar el primer capítulo no pude menos de exclamar: "Mary Jan no es una "debutante"; es una escritora hecha y derecha, que nos ha reservado la grata sorpresa de presentarse al público con una obra que revela desde sus primeras líneas una rara elegancia y refinado buen gusto en la forma y una intensidad de observación en el fondo".

De sus capítulos, como de un árbol de ricos frutos, podrían recogerse a puñados bellos pensamientos y pinceladas de color que revelan un temperamento de artista.

Sus paisajes campesinos, para los que hemos convivido con la gente de los campos, son de una

impresionante realidad.

Sus tipos trazados a grandes rasgos, con dibujo sobrio y seguro, son genuinamente criollos: son los mismos tipos de todos los campos de Chile con su misma fisonomía moral.

Y en medio de este cuadro auténtico de nuestra vida campesina, Mary Jan nos destaca una figura delicada de mujer—la heroína de su obra—, Ana María, flor de raro perfume que ha brotado en ese ambiente vulgar y por cuya mente, poblada de ideales, pasa, como una visión de ensueño, la imagen de un amor en plena armonía con su espíritu.

Hay mucha belleza y mucho dolor en esas páginas en las cuales describe con maestría la secreta angustia de esa alma selecta que en un desvarío de su juvenil ilusión, cree haber alcanzado un ideal que luego se desvanece y se resigna después, con amargura, a toda una vida de vulgaridad y de incompreensión.

El tipo de Ana María es el de una "desencantada", como el de tantas otras mujeres de espíritu alado a quienes la vida les niega el ideal que ellas ambicionan.

Las páginas de este libro se deslizan de las manos como los pétalos de una flor que nos ha perfumado el ambiente.

Al cerrar su última hoja queda flotando en el espíritu una impresión de belleza y sentimos también palpar un latido de emoción.

Alberto Mackenna S.
Parque San Juan de Pirque, julio 12 de 1933

En el curso de la conversación, percatamos el extenso conocimiento que la señora de Echeverría tiene del viejo mundo. Y se comprende. Inició á los quince años, en compañía de su señor padre, sucesivas visitas á España, Francia, Inglaterra, Italia, Suiza, Alemania, Austria y Hungría. Domina varios idiomas. París era el centro de sus viajes por Europa; y allí, frecuentaba el ambiente literario y artístico. En el primero, sobre todo, conoció y trató á personalidades que nos menciona, y entre las que recordamos á Mlomanдре, Marcel Bou'anger y Bolazart, que parecen ser las que más simpáticas huellas han dejado en su memoria.

En el curso de esos tráfegos al viejo continente, ha pasado varias veces por Montevideo, visitando nuestra capital por breves horas; motivo que le habia impedido penetrar hondamente en nuestras modalidades, hasta ahora, que llega á nuestras playas movida por un explicable afán de investigación de acercamiento y de trato personal con nuestra sociedad y nuestros elementos literarios, entre los que cuenta previas relaciones epistolares.

Montevideo la encanta. Especialmente, por su índole social y por la brillantez de su ambiente intelectual.

Montevideo lleva una gran ventaja sobre Santiago: la de ser una capital hermosa á orillas del mar y con lindísimas playas. En cambio, allá, para gozar de algo análogo, tenemos que hacer un viaje en ferrocarril, y nada breve, por cierto. La posición de Montevideo la considero una felicidad inapreciable.

LA ACTUALIDAD LITERARIA EN CHILE—

Cuando tocamos este punto, Mari-Yan nos declaró que Chile pasa por un momento de gran corriente intelectual, notándose un auspicioso refloramiento; más en la novela y en la poesía que en el teatro. Nos recordó á Edwards Bello y á Eduardo Barrios, novelistas ya ungi-dos por la popularidad; lo mismo que Fernando Santibán y Pablo Neruda, en poesía. De este último, que se halla actualmente en Buenos Aires, nos habló con entusiasmo. Lo considera en camino de ser una gloria continental. Y lo califica de extraordinario por su fuerte originalidad y por la magnitud de su inspiración. En punto á la música, señalónos como figuras sobresalientes á Allende y á Carbajal.

—Estoy tratando— agregó, al interrogarla sobre sus propósitos de acción— de lograr en Chile un acercamiento entre los artistas y la sociedad. En mi salón semanal, reúno á lo más selecto de los elementos artísticos residentes ó de paso por Santiago, con las gentes de figuración en nuestra sociedad, que no ha podido ser muy accesible á esos contactos, antes de ahora.

Es un rasgo plausible y admirable, que dice toda la elevación de espíritu que hay en la distinguida dama y escritora chilena.

—Esperamos— le dijimos— un resumen de sus impresiones, para más adelante...

—En efecto— nos respondió—: pienso escribirlas, á mi regreso á Santiago, en una serie de artículos para la prensa.

EL MOMENTO POLITICO, EN CHILE—

Intentamos obtener de la señora de Echeverría algunas referencias sobre la política chilena en la hora presente. Nuestra gentil interlocutora supo eludir, con discreción asombrosa en una mujer, el tópico inquietante. Lo cual no fué óbice para que nos declarase que Chile reacciona favorablemente bajo el gobierno del presidente Alessandri á quien acompaña la buena voluntad de políticos y ciudadanos. Como muestra de esa ventajosa rehabilitación nos indicó el mejoramiento económico y monetario.

AL DESPEDIARNOS—

—¿Una última palabra, señora?— suplicamos, ya á punto de estrechar su delicada diestra subrayando nuestro agradecimiento á tanta amabilidad.

—Sí: que estoy encantada de Montevideo y de su gente; y que admiro sus grandes figuras literarias, en general.

Y con una afabilísima sonrisa, nos dijo adiós.

La señora de Echeverría se embarca esta noche, de regreso á Buenos Aires.